

Los efectos sociales de la movilización para la Primera Guerra Mundial en los Estados Unidos

EUSEBIO URBANO LAMA
Universidad Complutense

Cuando en el discurso inaugural de su mandato, en 1913, el presidente Wilson proclama: «Nuestro deber es purificar y humanizar todo el proceso de nuestra vida común», está poniendo en marcha su «Nueva Libertad», programa político que, según Laski¹, «busca devolver al hombre la confianza en sí mismo frente a las grandes empresas». La sociedad estadounidense estaba reclamando ese cambio. A principios de siglo era inmensa la brecha que separaba la riqueza de la miseria. La renta anual de Carnegie era veinte mil veces superior a la del promedio del trabajador norteamericano. Mientras Rockefeller mandaba construir más de cien kilómetros de carreteras particulares para dar un paseo en auto sin salir de su propiedad, la colectividad poco afortunada vivía mal nutrida, mal vestida y pésimamente alojada. Había un exceso de mano de obra (muchos emigrantes) y un afán desorbitado de tomar un trabajo sin reparar en las condiciones. El triunfo industrial había agudizado los problemas de la justicia económica y de la paz social. La situación tenía difícil solución, porque el mundo de los negocios no lo reglamentaban los políticos, sino los banqueros. Los magnates de las empresas privadas no consideraban su deber dar cuenta a nadie del manejo de sus negocios, ni siquiera a sus accionistas; eran partidarios de la competencia sólo en teoría, en la práctica buscaban todas las mañas posibles. Se hizo tarea política urgente dominar la grandeza privada y ayudar al individuo, abandonado en la gran sociedad. Teodoro Roose-

¹ H. Laski, *The American Democracy*, London, 1949.

velt inició en 1902 la lucha contra la plutocracia de los trusts, comenzando una rebelión de la conciencia estadounidense que dio lugar a un movimiento colectivo de gran diversidad social, pero escasa capacidad reformadora. Wilson siguió esta línea de enfrentarse al poderío de los negocios ensanchando el poder del Estado, y estuvo año y medio haciendo votar leyes en consonancia con su «Nueva Libertad», pero este modesto esfuerzo hacia la reforma social y económica terminó con la llegada de la guerra. La primera guerra mundial desalojó las ideas reformistas, aunque, como señala Bernstein², «la coalición progresista fue destruida, pero los componentes de un potencial movimiento permanecieron». La cruzada por la reforma fue desplazada por una cruzada por la libertad, que, sin embargo, produciría bruscamente el cambio económico.

Desde su inicio los Estados Unidos fueron afectados vitalmente por la guerra. Su población comprendía representantes de todos los grupos raciales cuyas metrópolis estaban envueltas en el conflicto, y era natural que se despertaran sus emociones. De todas formas, en 1914 el norteamericano medio no podía imaginar que su país fuese arrastrado a la contienda y su deseo general era estar apartado de ella. Pero la clave estaba en las relaciones comerciales y financieras. El comercio con los aliados desde 1915 salvó a Estados Unidos de una depresión comercial. Algodón, cereales, carnes, productos manufacturados... en un año todo el mecanismo de la vida económica se entrelazó con la economía de los aliados. Las compras fueron pagadas con créditos obtenidos en Wall Street, lo que cambió a Estados Unidos de deudor en acreedor. Cuando los compromisos políticos y económicos obligaron a la entrada en la guerra, en abril de 1917, el presidente Wilson declaró al periodista Frank Cobb³: «Una vez entrado este pueblo en la guerra olvidará que haya habido jamás una cosa llamada tolerancia. Para luchar hay que ser brutal y sin escrúpulos, y este espíritu de brutalidad entrará en todas las fibras de nuestra vida nacional, infectando el Congreso, los Tribunales, los policías, el hombre de la calle. Una nación no puede poner su potencia en una guerra y mantener la cordura.» La triple profecía de este historiador y humanista resultó cierta; la sociedad estadounidense cambió radicalmente durante el conflicto y ya no volvió a ser la misma.

Hubo un temor histérico a la deslealtad; la Ley sobre espionaje y la Ley sobre sedición, con detenciones masivas y penas desmesuradas (veinte años de prisión contra todo el que interfiriese el reclutamiento o estimulase la deslealtad) demostraron que se había olvi-

² Bernstein y Matusow, *Twentieth Century America: Recent Interpretations*, New York, 1969.

³ J. L. Heaton, *Cobb of «The World»*, New York, 1924.

dado en gran parte la tolerancia. Según Morison⁴, «se produjo una nivelación intelectual y una conformidad social de cuyos efectos no se rehizo jamás completamente aquella generación». También se demostró que había que ser brutal, radical, en los cambios que pedía la entrada en el conflicto. Wilson lo expresó claramente: «No es un ejército lo que hemos de formar y adiestrar para la guerra, es una nación.» Los aliados necesitaban buques, alimentos, municiones y crédito; la asistencia militar vendría después. El sistema económico individualista, tan intocable antes, fue transformado por los poderes especiales presidenciales y los comités creados para controlar esta economía de guerra, hasta dar lugar a una gestión centralizada y controlada, en una especie de estado socializado. Mark Sullivan, en «Our Times», nos hace una detallada descripción de hasta qué punto fue regulada la vida diaria de los estadounidenses: «Para ahorrar carbón se reglamentaron las paradas de los ascensores y el número de sus pasajeros; el número de colores de las cintas para máquinas de escribir se redujo de cincuenta a cinco; los modelos de navajas de bolsillo, de seis mil a ciento cuarenta y cuatro; se estandarizaron los cochecitos para niños; los viajeros no pudieron llevar más de dos bultos; se ahorraron ocho mil toneladas de acero anuales con la reglamentación de los corsés; setenta y cinco mil toneladas de cinc con la eliminación de éste de los vagones de juguete; los fabricantes de radiadores se convirtieron en fabricantes de cañones; las fábricas de pianos se convirtieron en productores de alas para aeronaves... todo con muy poco rozamiento y aceptado de buena gana.» Con igual disposición aceptaron disminuir el consumo interno de alimentos («los lunes sin trigo, los martes sin carne, los jueves sin tocino», decía el slogan) o todo tipo de impuestos para hacer frente a las cargas financieras de la guerra. De mayo a septiembre de 1917 se registraron más de 24 millones de hombres para el servicio militar; en dieciocho meses se creó un ejército efectivo de cuatro millones de hombres, de los que dos millones fueron a Francia y la mitad de éstos a la línea de fuego. No cabe, pues, duda de que la movilización fue total e impregnó a todos y cada uno de los estadounidenses. En ello jugó un importante papel el Comité de Información Pública, dirigido por Creel, que movilizó el espíritu norteamericano con la colaboración de artistas, propagandistas, poetas, historiadores, actores, fotógrafos, pedagogos... para, como opina Morison, «que el mozo de granja y el hombre de la calle que habrían de luchar, la muchacha que tenía que producir suministros en la fábrica y la mujer que debía ahorrar en la cocina tuvieran idea de lo que se jugaba en la guerra».

⁴ S. E. Morison, *The growth of the American Republic*, New York, 1950.

Según este autor esta guerra demostró «la facilidad con la cual la técnica moderna y la sugestión de masas permiten a un gobierno hacer creer lo que conviene incluso a un pueblo razonablemente inteligente, individualista y democrático». El éxito de esta capacidad de movilización fue pleno, como nos cuenta Allen⁵: «La gran mayoría de los norteamericanos creía a pies juntillas que se trataba de la última guerra sobre la faz de la tierra y que la victoria traería aparejada nuevos tiempos de libertad universal, razón de sobra para darse a liquidar el conflicto con un fervor poco menos que evangélico.» Pero este ilusionado pueblo acabó cansándose de nobles ideales y de magnánimos sacrificios y también hizo real la tercera profecía de Wilson: no fue posible mantener la cordura.

Tras la paz hubo un cambio emocional en la conducta del pueblo; el idealismo de la guerra parecía agotado. Se produce una situación que Brogan⁶ define así: «El período crítico de la vida de una sociedad sobreviene cuando tiene que aprender nuevos hábitos, asumir nuevas actitudes emocionales, despojarse, quizás, de algunas viejas enseñanzas, olvidar algunas antiguas costumbres en su tiempo útiles.» La sociedad estadounidense entró en este período al acabar la guerra y dio lugar a transformaciones radicales que cambiaron su faz. Para dirigir esta transformación eligieron la falta de control económico y la oposición al reformismo moralista que propugnaban los republicanos y, así, Harding, Coolidge y Hoover se sucedieron en la presidencia.

Fue una época de desarrollo material sin precedentes. «Los cambios estaban basados en la extraordinariamente rápida acumulación de nuevos conocimientos y nuevas experiencias y en el proceso de desarrollo de nuevas técnicas»⁷. Susman define esta etapa como un período «dedicado al conocimiento y a la experiencia y el efectivo uso de ambos». La sociedad se embriagó con esta nueva prosperidad que traían los adelantos técnicos y que permitía una trascendental elevación de la capacidad de acción del individuo y de su movilidad. Fue la época de la electrificación masiva, de nuevas máquinas y nuevos métodos de trabajo. Nació la mística de la productividad y el culto a la producción en serie. Crecieron las ciudades por la llegada incesante de personas ansiosas de disfrutar unas comodidades y una libertad que el medio rural les negaba; pero también se urbanizó la sociedad entera con el desarrollo del cine y la radio, que llevaron costumbres, modelos y actitudes comunes hasta los más recónditos lugares. La popularización del automóvil, la primera industria nacional,

⁵ F. L. Allen, *The Big Change*, New York, 1952.

⁶ D. Brogan, *The American Character*, México, 1945.

⁷ W. Susman, *Culture as History: The Transformation of American Society in the Twentieth Century*, New York, 1973.

gracias al modelo «T» de Ford, constituyó la mayor revolución social operada por una sola invención técnica. El automóvil, la radio, el cine... aumentaron la inquietud, movilidad y velocidad de la vida. En palabras de Morris⁸: «Probablemente nunca antes en la historia humana tres instrumentos de tan incalculable poder social (cine, automóvil, radio) han sido desarrollados en tan poco tiempo. Ellos han completamente transformado nuestra sociedad, civilización y cultura.»

El cambio social no se hizo esperar, apoyado por la favorable coyuntura. Schlesinger⁹ señala lo propicio de la oportunidad: «La guerra ofrecía una amplia liberación de energía, la liberación derivada de la destrucción de los moldes, de la desviación de la vida de los canales acostumbrados. Parecía una época de posibilidades ilimitadas.» La unidad social básica, la familia, cayó en desgracia. El matrimonio se depreció; sus cifras bajaron de forma tan alarmante como se incrementaron las de divorcios. La familia se vació de funciones como centro económico, de educación o de recreo; el trabajo de la mujer, las mejoras técnicas, las costumbres sociales, fueron desvinculando a sus miembros. Ellos y ellas sembraban el pánico en sus padres volviendo al amanecer y negándose a explicar dónde habían estado o qué habían hecho. La mujer dio un paso decisivo hacia su emancipación y se convirtió en factor motor del cambio social. El trabajo fuera del hogar, al que accedió masivamente durante la guerra, la liberó de trabas sociales. Las jóvenes iniciaron la revolución de las costumbres. Las llamadas «Flappers» eran jóvenes rebeldes e independientes que actuaban permanentemente y conscientemente contra todas las formas sociales. Hicieron pasar a la historia la envoltura material de paño y tela que cubría a la mujer y hacía su silueta semejante a un reloj de arena; ellas subieron sus faldas hasta las rodillas, pusieron al borde de la quiebra a los fabricantes de corsés y ropa interior, hicieron desaparecer las mangas, se cortaron el pelo como los chicos y al igual que éstos empezaron a frecuentar clubes, bares y piscinas, con la consiguiente quiebra de costumbres secularmente establecidas. Ellos no se quedaron atrás. Los soldados habían vuelto desilusionados de una cruzada llena de barbarie y suciedad, pero no quisieron volver a la monotonía cotidiana de una vida cuyos ideales pensaban que había destruido la guerra; era una generación cínica que sólo quería disfrutar de la vida. «Cualquier primavera es una época de transtorno», escribió John Dos Passos, pero nunca hubo tanta agitación como en la de 1919; para los jóvenes que abandonaban sus uniformes el mundo nunca pareció más vivo. Los adultos también hicieron su pequeña revolución y acabaron con la prohibición de

⁸ L. R. Morris, *Not so long ago*, New York, 1949.

⁹ A. M. Schlesinger, *The Crisis of the Old Order*, Boston, 1956.

quitarse el chaleco; ya no tendrían que «andar en mangas de camisa». Pero fueron los jóvenes, ellos y ellas, los que provocaron principalmente la transformación de las costumbres. Se cambiaron los valores: la modestia, el pudor y la caballerosidad pasaron de moda; ser moderno, escandaloso y demoledor era lo que privaba. Pero el cambio de costumbres acabó en grosería, porque las antiguas barreras derribadas no se habían sustituido; llegar muy tarde a una fiesta y no saludar al anfitrión estaba «in» en la época. Cansada de noticias importantes, con un espíritu cívico en decadencia, sin interés por los problemas internacionales, la gente se puso a disfrutar de noticias intrascendentes y buscó sus héroes en aventureros, artistas de cine o deportistas: Lindbergh y Valentino se convirtieron en ídolos. El deporte ejemplificó el deseo de destacar y la competitividad del estadounidense; la política, la religión, la educación, las bellas artes eran preocupación secundaria. Que la sociedad se marcaba ahora sus propias costumbres quedó patente cuando la enmienda XVIII a la Constitución (16-1-1919) introdujo la «ley seca», que pronto se mostró anacrónica e inaplicable en la sociedad de posguerra. Esta ley, típica de una legislación de tiempos de guerra para ahorrar cereales y carbón e incrementar la productividad de los obreros y la eficiencia de los soldados, produjo efectos sociales bien distintos por su tardía aplicación: si bien es cierto que mejoró la vida de los barrios pobres, el gusto por lo prohibido llevó al vicio a jóvenes ricos y mujeres, creando además el crimen organizado de los contrabandistas. Sus efectos sociales fueron demoledores y contribuyó a enturbiar aún más la convivencia. También resultó nefasto para la convivencia el auge de la intolerancia; los estadounidenses, seguros de sí mismos, se hicieron intolerantes a la crítica o la heterodoxia; el nacionalismo, ensalzado durante la guerra, se hizo virulento. El Ku Klux Klan ejemplariza todas las categorías de nacionalismo que se dieron en los años de la posguerra, al estimar que sólo los protestantes blancos nacidos en el país eran los auténticos estadounidenses. El «Gran Pánico Rojo» de 1919, que atribuyó los disturbios sociales a la agitación bolchevique, y el caso Sacco-Vanzetti, el que más conmocionó a las fuerzas sociales en estos años de apatía política, son botones de muestra de una sociedad que no las tenía todas consigo.

El cambio de mentalidad fue inseparable y parejo del social. En palabras de T. E. Eliot, «la nueva generación había crecido para encontrar muertos a todos los dioses, todas las guerras acabadas y todas las fes en el hombre quebrantadas». El sexo se puso de moda; Freud sirvió de apoyo cómodo para que el gran público pensara que podía ser peligroso refrenar los impulsos sexuales. En la mayoría de los casos esta gran revolución moral sólo supuso que el beso perdiera su carácter de declaración con vistas al himeneo y hubiese más

facilidad para besarse y abrazarse; lo triste fue que el nuevo lenguaje de la pasión excluyó el sentimiento. La fe religiosa se arrinconó; durante estos años de abundancia en lo que creyeron los ciudadanos fue en los beneficios de la industria y el comercio. Todo un símbolo de la nueva era es el libro de Bruce Barton «*The Man Nobody Knows: A Discovery of the Real Jesus*» (1925), en el que hace de Jesucristo un eficaz ejecutivo que con su equipo de doce hombres sabe conquistar el mercado. No se puso la esperanza en la razón o en otros valores, no había grandes ideas, se trataba de una sociedad que sabía lo que rechazaba, pero ignoraba lo que buscaba. No se admitía la herencia del pasado, había poca cosa permanente. Consciente esta generación de la inestabilidad y mutación de las cosas, exigía su disfrute inmediato. La vida se tenía como algo fútil, no valía la pena tomarse las cosas demasiado en serio, y con este ambiente la gente estaba preparada para aceptar con entusiasmo nuevos pasatiempos: cine, crucigramas, radio, fonógrafo, concursos de belleza, baile..., pero aunque se incrementó la diversión aún no se había aprendido a disfrutar el ocio de un modo enriquecedor.

Como resultado de estos cambios materiales, sociales y espirituales podemos ver el esbozo de una sociedad moderna, interclasista y consumidora (el vencedor dejó de ser un receptor de pedidos y se convirtió en un creador de necesidades). Esta sociedad consumidora e igualitaria dio lugar también a una cultura de masas, pero estas masas no parecieron muy cultas a T. S. Eliot: «es una generación de hombres huecos que exhiben línea sin forma, espacio sin color, fuerza inmóvil y gesto sin acción». Desde la otra orilla Europa acusaba a los Estados Unidos de materialismo y de ser un cadáver espiritual donde el esfuerzo se dividía exclusivamente entre ganar dinero y conseguir placer, donde la vida se medía por el sobre de la paga y donde el cerebro se atrofiaba al no dedicarse al conocimiento, el aprecio de la belleza y el ejercicio del buen juicio. Ajeno a todo, el estadounidense medio disfrutó con avaricia en la época de las grandes emociones por las cosas intrascendentes. Pero el gozo no fue eterno. En palabras de Fohlen¹⁰: «Da la impresión de que existe una distancia de siglos entre las realizaciones materiales y las preocupaciones morales.» Los norteamericanos acabarán dándose cuenta de la brecha que habían abierto.

¿Pudo la prosperidad ocupar el lugar de la felicidad? No. Hacia el final de la década el vacío de valores y la falta de ilusiones llevó a las personas a reflexionar y descubrir, entre las ruinas de lo antiguo, una serie de satisfacciones perdurables; el sexo no podía sustituir al amor. Los intelectuales descubrieron con anticipación la desilusión de

¹⁰ C. Fohlen, *L'Amérique Anglo-Saxone de 1815 a nous jours*, Paris, 1969.

fondo que embargaba a la sociedad y que se hizo patente después. Scott Fitzgerald se dio cuenta que «los Estados Unidos estaban corriendo la juega más grande y más alegre de la Historia», pero supo reflejar bien el ambiente completo de la época en «This Side of Paradise» y «The Great Gatsby». El primer Premio Nobel de Literatura estadounidense, Sinclair Lewis, contribuyó decisivamente con sus novelas «Main Street» y «Babbitt» a demostrar cómo los hombres habían cambiado felicidad por prosperidad. Mencken, con su revista «American Mercury», fustiga la existencia de sólo dos poderes: el populacho y la plutocracia dominante. Los intelectuales, pues, se adelantaron a descubrir que ninguna generación había hecho antes tales progresos para divertirse y había sido menos capaz de disfrutar; los demás ciudadanos lo descubrieron con el tiempo.

En resumen, su movilización para la primera guerra mundial transformó profundamente a la sociedad norteamericana. Mientras duró la contienda la conformidad social aguantó todo, y entonces sí que Wilson pudo purificar y humanizar la vida en común, ayudado por la solidaridad engendrada en las personas al compartir el mismo drama. Pero la guerra rompió los canales acostumbrados de la vida y la energía liberada, al llegar la paz, se encauzó por otros derroteros. La posguerra creó una nueva sociedad. Las personas, decepcionadas y desengañadas, pero seguras de sí mismas, se dieron de lleno al disfrute de la prosperidad que les rodeaba gracias a la favorable coyuntura económica. No se acabó la desigualdad, pero la paz social metió de lleno a las gentes en la dinámica lógica de la producción en masa. Confluyeron en una misma época la apertura espiritual y el desarrollo material y el resultado fueron unos años «locos» y «ruidosos».

En definitiva, la movilización resultó básica para producir el cambio de actitud mental que sirvió de catalizador para imprimir una dinámica vertiginosa a la transformación social impulsada por los cambios técnicos y económicos.